G. Carreño

POESÍAS

Ex Libris

Russell Perry Sebold III

FL DRPS FA/0815

AURAS DEL ESLA.

POESÍAS.

Auras del Esla.

POESÍAS

DE

H. CARREÑO.

LEON.
Establecimiento tipográfico de Garzo é Hijos.

1871.

Al Sr. D. Jacinto Argüello Rosado.

Si tuviera necesidad de decir por qué dedico á Vd. este libro, me vería comprometido. Pudiera hacerlo atendiendo á la bondad de su carácter, á la finura de su trato, á su ilustracion nada comun, ó á la lealtad con que profesa todas sus amistades.

Y digo más: por cualquiera razon que se la dedicára, se vería muy favorecida la obra; mejor dicho, cada una de esas bellísimas prendas que le adornan, merecería un recuerdo, aunque nó de tan pobre ingenio, ni de tan oscuro escritor.

Admita, pues, la dedicatoria por cualquiera de esos conceptos, y permítame que dé algun valor á mi libro estampando su nombre en la portada, como segura garantía para el público y eterno y gratísimo recuerdo para su leal y siempre amigo

H. CARREÑO.

LA VUELTA DEL SOLDADO.

Tras largos años de ausencia y pena
tras largos años de batallar
gozoso, alegre, lleno aún de vida
vuelve el soldado para su hogar.

Vé desde un cerro la cruz bendita
del pobre templo dó siempre oró,
donde su madre con santo anhelo
en sus ausencias por él lloró.

Vé la pradera donde jugaba
ageno al rumbo del porvenir,
donde á los séres que mas amaba
con un abrazo dejó al partir.

Las mismas flores le dan su aroma,
las mismas auras besan su sién,
el mismo arbusto le presta sombra,
el mismo rio bulle á su pié.

Y él corre ansioso, salva el camino,
su alma en sus ojos se vé brillar,
que un nuevo ambiente la vivifica,
un nuevo ambiente la inunda en paz.

Todo lo olvida, nada en su mente
queda del hombre que fuera ayer,
ni sus combates, ni sus victorias
solo su pueblo delante vé.

Solo desea ver á su madre
y darla un beso con efusion,
contarla un dia toda la historia,
de sus historias de puro amor.

Por eso avanza con veloz paso,
llega á su casa, temblando vá,
llama y espera.... nadie contesta,
y con angustia vuelve á llamar.

Más le persigue tenaz silencio,
nuevo misterio mengua su fé,
porque de nuevo tras sus lamentos
las toscas puertas cerradas vé.

Los pardos muros de su morada
contempla entonces ya con pavor,
y late ansioso dentro del pecho
con ansia loca, su corazon.

Horrible instante de duelo y duda,
horrible instante de padecer,
en que se agita con rumbo incierto
en mil recuerdos todo su sér.

«¡Oh madre mia!» clama en su anhelo,
abre la puerta ya estoy yo aquí,
abre á tu hijo que quiere verte
quiere abrazarte con frenesí.

«¡Abre, esta duda me hiela el alma,
oiga un instante tu grata voz,
quiero en tu aliento tomar aliento
y mis desdichas contarte yo!»

En este instante, la puerta se abre
y un sér estraño parece allí,
que al hijo triste que llora en vano
entre suspiros requiere así:

«¡Cesa en tu llanto, cesa en tu pena
tu pobre madre no te oye ya,
hace dos meses que en tí pensando
dejó por siempre su pobre hogar!»

Basta, entre llanto clamó el soldado
basta, su tumba quiero yo ver,
quiero con lágrimas regar las flores
que entre sus bordes han de crecer.

Basta, se ha muerto sin yo mirarla
murió mi madre sin verme á mí
yo ya mi deuda pagué á la pátria
¿con qué me paga mi pátria á mi?

INVOCACION.

Fantasía.

Si tiendo las miradas, Señor Omnipotente,
á tu radiante gloria con férvida emocion,
me ciega la grandeza del Dios que sábiamente
conserva intacto el giro de su inmortal creacion.

Porque esas mil fulgúreas, estrellas luminares
que adornan los doseles del alto Sinaí,
que inspiran á los vates dulcísimos cantares
revelan al Sér grande que régio mora allí.

Revelan al egregio, Señor que de los mundos,
sostiene los cimientos con fuerte voluntad,
revelan los decretos altísimos, profundos,
del que pobló el espacio de inmensa claridad.

Conozco tu hijo tierno, purísima María,
el Dios que por el hombre el Gólgota cruzó,
el Sér de donde brota la eterna luz del día,
el Sér que del Profeta la mente iluminó.

El Dios que á los mortales sostiene y les dá aliento,
pasiones les inspira, y un corazon les dá,
fijando en su memoria cual solo pensamiento,
que imiten en la tierra su triple santidad.

El Dios tan poderoso, cuya brillante auréola,
despues de siete espacios nos ciega con su luz,
el Dios que por el hombre su corazon inmola,
el Dios que por el hombre su sangre dió en la Cruz.

En esa cruz infame, suplicio ignominioso,
que Dios con sus virtudes tambien purificó,
el Dios que desde el cielo con grito sentencioso,
su ruina irremisible predijo á Jericó.

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

Tú llenas el aire de vida y dulzura,
tú das á las flores fragancia y color,
de tí brota el tierno misterio que augura,
torrentes de vida, de paz y de amor.

¡Señor, yo te admiro: tu voz poderosa
conmueve mi alma, alienta mi fé!
¡Señor, yo te admiro, tu voz misteriosa
grabada en el alma por siempre tendré!

Que adoro tu imágen con noble entusiasmo,
que admiro en mis sueños con ánsia tu faz,
que veo en tus obras tu santa clemencia
y canto en mi arpa tu eterna bondad.

Por eso en la noche repito tu nombre
al son de la brisa que oréa la flor,
y en todos mis cantos, y en todos los tonos,
elevo armonias al trono de Dios.

TÚ Y YÓ.

Flor delicada que aroma el aire,
astro dó toman los astros luz,
fuente perenne de amor y dicha,
eso eres tú.

Triste poeta sin esperanza
que cruza el mundo de su fé en pos,
alma doliente que sufre y calla,
ese soy yo.

Raro conjunto de dicha y duelo,
tierna epopeya de puro amor,
almas gemelas que de amor viven,
somos los dos.

El 2 de Mayo de 1808.

Dia de horror sin segundo,
fué para la pátria mia
ese dia, en que dió al mundo,
el ejemplo más profundo,
de su osada valentia.

Ese dia triste lanza
sus ayes y al mundo aterra,
mirando que un hombre avanza
embriagado de esperanza,
á retarla en son de guerra.

Por dó quiera suena el grito
de todo español con honra,
maldiciendo al favorito
y al rey cobarde y maldito,
que al castellano deshonra.

Por todas partes brotaron
génios de valor y arrojo
que indómitos le esperaron,
que indómitos pelearon
llenos de rábia y sonrojo.

Y mirò de asombro mudo
aquel génio sobrehumano,
que aquí vencer nunca pudo,
pues vió siempre por escudo
el pecho del castellano.

Por eso con rábia huyó
su alma, de vergüenza llena,
y herido allá en Waterló,
con la sangre que vertió,
fué exánime á Santa Elena.

Allí su altiva pujanza
aprisionada veía,
sin contemplar la esperanza,
que risueña en lontananza,
se le presentára un dia.

Y recordando, inhumano,
sus conquistas con pavor,
clamó con rábia el tirano:
«aquí me trajo el valor
de ese pueblo castellano.»

Si, le llevó á aquella roca
solitaria sin igual,
ese pueblo á quien invoca:
que nadie en vano provoca
á un castellano leal.

Nadie ¡oh pueblo! hoy en tu abono
sal tambien de tu desmayo,
y no sufras sin encono,
que pise un francés el trono,
del pueblo del Dos de Mayo.

NOTA. *Esta composicion fué leida por el autor en el Teatro de esta Ciudad, la noche del 2 de Mayo de 1870.*

UN VIAGERO

DELANTE DE LA CATEDRAL DE LEON.

¡Asombro de los siglos! Sublime apoteosis
del arte y de la ciencia, del génio y del saber,
yo ante tu esbelta nave, viagero sin destino,
atónito me páro para admirarle bien.

Yo de tus pardos muros contemplo la firmeza,
de tus airosas torres venero la creacion,
yo admiro en tus detalles la mano del artista,
yo veo en tu conjunto la voluntad de Dios.

Yo he visto de la China las obras misteriosas,
los mágicos ensueños del mundo tropical,
yo he visto de San Pedro la cúpula gigante,
yo he visto de San Pablo la mole colosal.

Yo he visto del Egipto las obras portentosas,
yo he visto el mausoleo gigante de Cheops,
yo he visto de la Alhambra las arabescas salas,
yo he visto cuanto el árabe para su Edém formó;

Pero no he visto nada que para gloria suya,
tu atrevimiento iguale tu inmensa idealidad,
pues tu te balanceas tan solo con el aire,
que besa tus paredes cruzando sin cesar.

Sí, tú eres lo más régio, sublime y atrevido
que concebir pudieron los sábios con su fé:
sí, quien soñó en alzarte sobre tan frágil base,
paró á sus pies la ciencia, idealizó el saber.

Tus muros son cristales aéreos, trasparentes,
que firmes se sostienen por milagroso don,
tus torres dos fanales de gigantesca talla,
y tus relieves todos modelos de primor.

Por eso al recordarte los hijos del desierto,
derraman una lágrima por su tostada téz,
y hallan tristes y pobres sus techos de corales,
y hallan empobrecido su primitivo sér.

Tu historia me contaron los sábios del Oriente,
las hadas y los génios con misterioso son,
y yo escuchaba absorto tu mágica leyenda,
y henchido de entusiasmo sentía el corazon.

Las aves que en tus torres hallaron dulce abrigo,
y huyendo de las nieves al Africa se van,
saludan á la aurora con tu memoria amante,
y en alas de la brisa te mandan su cantar.

Pero al mirarte ahora concibo que no hay lengua
que cante tu hermosura, tu gracia, tu esbeltéz,
nó, tu eres una joya que vanidoso el hombre
para lucir su génio robára del Edém.

Por eso al despedirme con lágrimas me alejo,
la Arábia de mis lábios tu maravilla oirá,
yo llevo tu recuerdo grabado en mi memoria,
yo grabaré en el alma tu portentosa faz.

Y yo diré á los hombres que habitan otros climas
si viagero errante me acerco á su region:
« Yo he visto un atrevido portento de las artes,
allá sobre los muros que guardan á Leon.»

A SU REJA.

Es para amarte solo
la vida mía,
que vivir y no amarte
eso no es vida:
eso no es vida,
es la muerte del alma
que nunca olvida.

Cuándo vas á la fuente
por la mañana,
avergonzada, niña,
se esconde el alba:
se esconde el alba,
que al contemplar tu encanto,
su encanto acaba.

Tú eres la sombra errante
tras que camino,
tú la voz de mi alma
tú eres... yo mismo,
tú eres yo mismo,
puesto que si te pierdo
sufro y suspiro.

Há tiempo me decías
que me adorabas,
y al decírmelo, siempre,
siempre llorabas,
siempre llorabas,
que hay placeres tan dulces
que arrancan lágrimas.

EL HORÓSCOPO.

(MEMORIAS DEL REY D. PEDRO.)

De Sevilla en el alcazar
y en retirado aposento,
en una noche sombría
cual cruel presentimiento,
agitado y convulsivo
se pasea el Rey D. Pedro.
Un viejo tiene á su lado
que trémulo y macilento,
sobre un carcomido libro
meditando está hace tiempo.

De pronto paróse el Rey
y con ademan resuelto,
de este modo apostrofó
lleno de corage, al viejo:
—Mientes, corazon villano
en tu negra profecía,
no se manchará mi mano
en la sangre de mi hermano
ni la suya en sangre mia.
—La ciencia, señor, es fiel,
la ciencia que en todo brilla,
y yo os juro por Luzbél,
que ha de mirar en Montiél,
un fratricida Castilla.
—¿Quién morirá de los dos?
dilo al punto, no me arredro.
—¡Oh! D. Pedro, tal vez vos
—Yo he de morir, Dios de Dios
si vuelve á verte D. Pedro.
—Yo, señor, que os he guiado
y fiel siempre os he servido
he de morir, desdichado,
porque al cielo he consultado,
y su voluntad sabido?

—¡Mientes!
—No, vuestro final
esta lámpara os esplique
teneis existencia igual....
—Basta ya, viejo infernal
¡ay de tí, si muere Enrique!
—Eso tan solo quisiera
este vasallo, señor,
que por vos la vida diera,
que por serviros perdiera
de cuanto ama, lo mejor.
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
La luz siniestra se apaga;
el viejo sin compasion
sonriendo su alma alhaga,
en tanto que abre una daga,
de D. Pedro el corazon.
Y al punto el viejo iracundo
su ilustre memoria humilla,
proclamando furibundo,
á D. Enrique segundo
por nuevo rey de Castilla.

Que si aduló sin medida
á D. Pedro largos años,
adula despues lo mismo
á aquel fratricida odiado,
porque tiene, como todo
miserable cortesano,
la hiel en el corazon
y la sonrisa en los lábios.

¡ELLA!

No puedo amarte más... amor sublime
Dios puso entre las almas de los dos,
amor sublime que nuestra alma oprime,
tierno deleite que emanó de Dios.

Oigo tu voz dulcísima que suena,
y preludio en el arpa mi cantar,
y escucha el mundo, de entusiasmo llena,
mi voz en los espacios resonar.

Y aspira de tú aliento el alma mia,
de su existencia la ilusion con fé,
y aspiro de tu aliento la ambrosia,
y en todas partes mi ilusion te vé

Siempre el espacio donde el orbe gira,
tu blanca aparicion iluminó,
y en el espacio donde todo espira,
muere mi canto, más tú encanto no.

No espira, porque sigue hora tras hora,
iluminando mi abatida fé,
y aunque mi alma al contemplarle llora,
es porque el alma en su ilusion adora,
y yo del alma la ilusion no sé.

Al Mar.

Gigante de los mundos
que cruzas atrevido,
las zonas apartadas
dó el hombre no llegó,
acaso entre tus ondas
se encuentra sumergido,
el ángel que lo inmenso
de Dios no comprendió.

Acaso tu revelas
de Dios la omnipotencia,
acaso tu revelas
la voluntad de Dios,
acaso tu comprendes
esa sublime ciencia,
que estenderá las luces
del universo en pos.

Tu lanzas de tu seno
si muge alborotado,
las nubes que apiñadas
causando van pavor,
tu llevas tus corrientes
hasta el Beering helado,
tu refrescas las playas
del árido Ecuador.

Y siempre en tus arenas
encuentra mi memoria,
un gérmen de armonía
de eterna inspiracion,
encuentro entre tus olas
una sublime historia,
desque cruzó tus lindes
con avidez, Colon.

Por eso te bendigo
con entusiasmo ardiente,
por eso yo venero
tu inmensidad, ¡oh mar!
ya contemple tus olas
en el vergel de Oriente,
ya contemple tus hielos
en la region polar.

Las Madres.

Hay una voz sublime, de poderoso encanto
que llega á nuestras almas, que alienta nuestra fé,
y esa armonía dulce con su misterio santo
es la voz cariñosa del sér que nos dió el sér.

La voz de nuestra madre nos enseñó en la infancia
las breves oraciones que llegan hasta Dios:
la voz de nuestra madre con su eternal fragancia
aumenta la fé nuestra, da vida al corazon.

La voz de nuestra madre resuena en el combate
porque su hermoso acento nos despidió al partir,
la voz de nuestra madre preside nuestro duelo,
colora nuestro sueño, sonríe el porvenir.

La voz de nuestra madre cuando gemimos gime,
cuando lloramos llora, mirándonos llorar,
y sufre si sufrimos mirando nuestra pena,
sin recordar dó viene, ni meditar dó vá.

La madre es la flor santa que aromatiza el mundo,
es vida de la vida de las tinieblas luz,
es el consuelo eterno de todos nuestros males,
la redencion sublime del que murió en la Cruz.

Aquel que de su madre no adora los recuerdos,
quién su preciado nombre no sabe bendecir,
ni tiene fé, ni alma, ni siente en su pobreza,
con alegría santa su corazon latir.

¡Oh! sí, son nuestras madres arcángeles purísimos,
son los dulces presagios de un mundo más allá,
que el hombre no se esplica, como esplicar no sabe,
la magnitud del cielo, la inmensidad del mar.

¡La madre! ¡quién no siente el evocar su nombre
su mente estremecerse, latir su corazon!
¡quién no concibe, viendo su incomprensible anhelo,
la esencia de su alma, la escelsitud de Dios!

El aura que susurra, el vendabal que gime,
si en estrangera playa lloramos nuestro afan,
su dulce nombre cantan con misterioso acento,
y entonces nos postramos humildes para orar.

Las madres en el mundo son alma de nuestra alma,
en nuestros lábios ponen el nombre del Señor,
y con orgullo intenso al espirar nos mandan
envuelta con sus lágrimas su santa bendicion.

Su voz es la armonía, su risa la ventura,
sus lágrimas el duelo, su corazon la fé,
su pecho el arca santa de la bondad del cielo,
su alma, el santo emblema donde encarnó el placer.

Voz de la pátria, sueño tranquilo,
alma del alma, fé de la fé,
eso en el mundo son nuestras madres,
eso es el ángel que nos dió el sér.

¡¡UNA CIEGA!!

¿Qué es una ciega? ¿qué esencia tiene?
¿qué idea sigue, de dónde viene?
¿entre tinieblas á dónde vá?
¿dónde residen sus ilusiones?
¿qué forma toman sus concepciones?
¿dónde la lleva su eterno afán?

Rosa temprana que se consume,
que entre la brisa deja el perfume
que en su capullo puro brotó:
eso es la pobre ciega apenada,
de las bellezas del mundo aislada,
que nunca el astro de Oriente vió.

Viagera triste, planta marchita
alma sin vida, sombra precita
nada su pena puede igualar:
nada ver puede sobre la tierra
ni el sol que alegra, ni el mar que aterra,
pues no vé nunca, ni sol ni mar.

Si vé su alma la encuentra oscura,
si mira al cielo le da pavura
y se estremece pensando en Dios:
sí, se estremece, mas de Él no duda,
porque su alma no está desnuda
de la fé santa que lleva en pós.

Mas sufre siempre constante duelo,
dolor constante, constante anhelo,
constante pena, negro sufrir:
sus dias cuenta por su quebranto,
su historia escribe con triste llanto
en el gran libro del porvenir.

Y si algun dia piensa en su historia
solo halla el eco de una memoria,
que su memoria viene á turbar:
ni una mirada que la estremezca
ni una sonrisa que la envanezca,
ni un dulce acento, ni un fiel cantar.

Ni una lisonja para su oido,
su pecho amante no dió un latido
á la primera voz del amor:
oyó el sonido de un beso un dia
y esclamó solo: ¡pobre alma mia!
¿por qué ese ruido te estremeció?

Mas su alegria pasó al momento
cual rota arista que lleva el viento,
y en aquel ruido no pensó mas:
fué leve soplo de aura temprana
que la flor besa y huye liviana,
fué ola perdida que sorbió el mar.

Su pobre madre la mira y llora,
vé sus desgracias y á Dios implora
por si sus penas alivia Dios;
pero ¡ay! su duelo mirando eterno,
con infinito dolor interno
dándose un beso lloran las dos.

Las dos llorando pasan la vida
su alma apenada, mústia, transida,
algun momento duda en su fé:
llora la hija mal que le cuadre
porque afligida no vé á su madre,
llora su madre porque la vé.

Y asi salvan unidas del mundo indiferente
la soledad inmensa que cruzan sin cesar,
llevando sus pesares grabados en la frente
sin lágrimas acaso para poder llorar.

Y envueltas en supremo misterio sus historias
tan solo para amarse anhelan el vivir,
tan solo á sus dos almas alcanzan sus memorias,
pues solo á sus dos almas alcanza su sufrir.

Y solo se las oye cuando despierta el dia
decirte ¡oh! Dios clemente que en el Espacio estás:
¡si yo viera á mi madre aun mas te adoraria,
si no viese á mi hija te adoraria más!

CARR
Iú
A
LE
Ce
M
A
Ev
Ce
El
Ro
A

El nombre de María.

Si en medio de la noche solitaria
dirijo humilde la mirada al cielo,
elevando tristísima plegaria
cual nuncio de consuelo:

Encuentro un nombre en el azul escrito
por esplendente claridad velado,
nombre sublime, por la voz bendito
de todo lo creado.

Nombre que pronunciaba cuando niño
con el placer inmenso que gocé,
al arrullarme el célico cariño
del sér que más amé.

Nombre que exhala la delicia pura
que emana de la gloria de Jehová,
que es el sueño de mágica ventura
que guiándonos vá.

Nombre que dice al despuntar el dia
del ruiseñor el canto celestial,
que es del cansado peregrino guía
cruzando el arenal.

Nombre que inunda de consuelo el mundo
y solo paz y dichas deja en pós,
rico venero del amor profundo
que ensancha el corazon.

Nombre que alienta la mortal flaqueza
y vivifica la dormida fé,
nombre que brota en su imperial grandeza
encantos y placer.

Yo le pronuncio en mi oracion sencilla
en la noche con santa devocion,
cuando la luna en los espacios brilla
ahuyentando el turbion.

Y lo encuentro en la brisa que suspira
su húmedo beso dándole á la flor,
y en la voz del torrente que me inspira
dulces trovas de amor.

La esencia aspiro de su bien profundo
mágica luz del anhelado edén,
que es poco espacio el dilatado mundo
para adorarle bien

¡Oh! sí, María, tu preciado nombre
siempre adoré con loco frenesí,
tú eres el faro salvador que el hombre
mira en el porvenir.

Por eso en todas partes te venera
con infinito amor,
y tu nombre bendice donde quiera
toda la creacion.

CANTARES.

Tú eres la alondra atrevida
que vá del espacio en pos,
yo soy el ave agorera
de las ruinas de mi amor.

Cuándo la brisa suspira
deja sus hojas la rama,
yo dejo cuándo suspiro
sin ilusiones el alma.

Dolores te llamaría
por los que paso por tí,
te puso el aura esperanza
y en tí la tengo hasta el fin.

A Dios se adora en el templo
á Dios se adora dó quier,
pues yó tan solo en tus ojos,
y creo adorarle bien.

Tú nombre dije en el valle
lo repitieron los ecos,
y no volví á pronunciarlo
por no morirme de celos.

MELANCOLÍA.

Hermosa, no se apartan
de la memoria mia
las deliciosas horas
que junto á tí pasé,
pero ¡ay! que del gran libro
de mi sencilla historia,
esos dulces recuerdos
para siempre borré.

¿Recuerdas cuántas veces
sobre la fresca arena
tu breve pié tranquila
dejabas deslizar,
oyendo de mis lábios
una amorosa historia,
que hacía de tus ojos
el llanto derramar?

¡Oh Dios! ¡cuántas sonrisas
de la esperanza ahogamos
entre placer tan grande
entre tanta ilusion!
sus tintas misteriosas
te prestaba la luna
celosa despejando
las sombras del turbion.

El cielo te imprimía
su mágica ventura,
la brisa bonancible
su aliento halagador,
las aves en la selva
te prodigaban sones,
y yo con toda el alma
te mostraba mi amor.

Pero ¡ay! que dicha tanta
me arrebatan los cielos,
y solo amarga pena
le queda al corazon,
inmensa pesadumbre
recuerdos, y dolores,
¡Ay! triste del que llora
perdida la ilusion.

EN LA MUERTE
DE MI INOLVIDABLE Y APRECIABLE AMIGO
MIGUEL HEYDEK DE LAS HERAS.

Cuando de mis pesares descanso algun momento
y recuerdo este dia de luto y de dolor,
me parece que el cielo opera algun portento
y llega á nuestras almas el soplo del Señor.

Pues ¿cómo de otro modo mi postrimer recuerdo
pudiera dedicarte con tanto padecer,
si Dios no le mandára consuelos á mi alma,
si Dios no iluminára mi solitaria fé?

¡Cómo tu pobre madre, cuya delicia eras,
sus lágrimas amargas podrá nunca enjugar,
si no es que algun arcángel con su voz placentera
le viene á cada instante tu dicha á asegurar!

¡Oh! sí, tu pobre madre, tan solo mira al cielo
por ver si algun consuelo acierta á hallar allí,
tu madre, que ha perdido un trozo de su alma,
su dicha más preciada, su hermoso porvenir.

Tu madre, que reía mirando tu sonrisa,
que á tus ojos pedia la luz para mirar,
que oyendo tu suspiro, suspiraba anhelosa,
lloraba si llorabas con maternal afán.

Por eso yo imagino que el cielo la dá fuerza
su formidable pena para poder sufrir,
por eso yo imagino que el cielo presta ayuda
á cuantos te adoraban para llorar aquí.

Sí, nunca han de faltarte, sobre tu ignota tumba
cual célicos emblemas de casto y puro amor
mis quejas eternales, el llanto de tu madre,
sus breves oraciones, la bendicion de Dios.

Sí, pobre amigo mio, decansa en paz en brazos
del Mártir que su sangre preciosa dió en la Cruz,
que dejas una tierra de lágrimas y duelo
para habitar un cielo de encantos y de luz.

Á LAURA.

¡Ay Laura! cuanto burlas
de amor el nombre,
Dios te conserve, hermosa,
las ilusiones;
porque no siempre
se hace de las pasiones
débil juguete.

Y llegará algun dia
sin que tu quieras,
en que ese amor naciente
se haga una hoguera;
que algunas veces,
suele más engañarse
quien menos crée.

Es el amor un fuego
que luce fijo,
y tu la mariposa
que cerca miro;
no te ilusiones,
no te quemes las alas
en sus fulgores.

Que si es triste en el alma
llevar espinas,
esto las ilusiones
nos dejan, niña;
que cuando vuelan,
las fibras de nuestra alma
se ván con ellas.

La constancia, te juro,
la manda el cielo,
porque es del bien hechura,
de Dios destello;
y el que la olvide,
ni al bien, iluso invoque,
ni al cielo mire.

No te engrias que el tiempo
todo lo asola,
si detras de la noche
viene la aurora;
algunas veces
para los desgraciados
es noche siempre.

De Pompeya y Numancia
augusto el nombre,
por su opulencia y brio
llenaba el orbe,
y advierte niña
que hoy Pompeya y Numancia
solo son ruinas.

EN UN ALBUM.

Por hacer alarde un dia
de su poder el amor,
guardó en tu pecho, alma mia,
las gracias que poseía
y su encanto seductor.

Y al ver tu alegre sonrisa
las mil flores del vergel,
á quien mecía la brisa,
se recogieron de prisa
en sus capullos de miel.

Se avergonzaron de tí
al ver retratado así,
á través de tu alma hermosa,
más candor el alhelí,
mejores tintas la rosa.

¡Oh! el que en mi sueño imagino
eres tú, sér celestial,
y te busco en mi camino,
como busca el peregrino
en la arena un manantial.

Tu eres el sér que veía
cercado de blanca estela,
vertiendo en el alma mia
torrentes de poesía,
allá en la nocturna vela.

Por eso mi pobre lira
solo goza en tu contento,
solo tu beldad la inspira,
solo en tus ojos delira
solo enloquece á tu acento.

LA TEMPESTAD.

Ruge el viento embravecido,
parda niebla sobre el monte
veloz vá:
Se oscurece el horizonte,
ni un lamento, ni un gemido
se oye yá.

Todo es calma tenebrosa
por doquiera, todo es saña,
todo horror:
Va entre el agua procelosa,
arrastrada la cabaña
del pastor.

Se derrama en el camino
el torrente desbordado
sin cesar:
Y serpea sin destino
mientras halla paso holgado
para el mar.

Ved el ave temerosa...
vacilante en el espacio
se quedó:
Entre nube borrascosa
que antes mágico palacio
la ofreció.

La flor bella con desmayo
se doblega por momentos
más y más:
Y ligera como el rayo
al impulso de los vientos
vá á rodar.

Horrible noche
cubre ya el orbe
llena de ensueños
y de ansiedad:
Ni un sér tan solo
respira en calma
que al alma impone
la tempestad.

Nadie el silencio
turba atrevido,
y si se escucha
medrosa voz,
es de algun ave
que huye á lo lejos
buscando luces,
buscando sol.

Sombras medrosas
por donde quiera,
áspero ruido
retumba ya:
Y errantes nubes
cruzan el éter,
marchando en brazos
del huracan.

Espesa lluvia
dobla la yerba,
mares inmensos
los rios son:
Y en infinita
y honda tristeza
yace postrada
la creacion.

La entereza de mi alma
ante cuadro tan medroso
vaciló:
Que es tan triste ya la calma
y el silencio tan medroso,
que dá horror.

Cese un punto, Dios clemente,
tan horrible desventura,
tanto afan:
Rasga el luto del ambiente
y modera la bravura
de la mar.

Porque el hombre su pobreza
ante cuadro tan impío
ya miró:
Que no hay dicha, ni grandeza,
ni placeres, ni albedrío
si no hay sol.

LA JURA.

(MEMORIAS DE ALFONSO VI.)

CASTILLA.-SIGLO XI.

I.

Le fué el cerco de Zamora
al rey D. Sancho funesto,
que al pié de sus pardos muros
tendió la traicion su vuelo,
guiando á Vellido Dolfos
en el miserable intento
de hacer odioso á la pátria
y dejar sin rey á un pueblo.

Allí perdió aquel monarca
de su vida los ensueños,
pues sin corona y sin vida
le dejó homicida acero,
Inflamando de venganza
á los castellanos pechos,
pues con odiar á Vellido
no se contentaba el pueblo,
que es alta su indignacion
y exíguo y vil el sugeto,
por eso llevó en su cólera
más allá su pensamiento,
y como el más ofendido
por su rey en otro tiempo,
se fijan en D. Alfonso
que huyó vencido á Toledo,
en D. Alfonso su hermano
que en un dia harto funesto,
desgraciado, no cobarde,
en Carrion perdió su cetro.

II.

Lloró Alfonso sesto un dia
en Toledo sin fortuna,
porque en su corte sombría
jamás alegre veía
el sol que meció su cuna.
Y aunque siempre sin desdoro
placeres le dió el rey moro,
sus lágrimas no enjugó,
que no se compran con oro
los dominios que él perdió.
Si generoso Alcmenon,
le dá paz y adquiere gloria,
no llega su compasion,
el desastre de Carrion
á borrar de su memoria.
Por eso el monarca llora
calla, sufre y se desvela,
y le sorprende la aurora
con su alba luz bienhechora
desconcertado y en vela.

Y no eran leves antojos,
porque aquel dolor profundo
que tanto le causó enojos,
brotó del alma á los ojos,
y de los ojos al mundo.
Si alguna mora encubierta
le sonríe en grata calma,
lanza una mirada incierta;
pero el amor no despierta
en el fondo de aquel alma.
Y así las horas pasaban,
y los placeres huían,
y nunca la paz traían,
los caudillos que llegaban,
y de sus tierras venían.
Por fin, un dia que ufano
vagaba Alfonso sin tino
por su alcázar toledano,
se le acercó un castellano
portador de un pergamino.
Venía en él sin encono
el pueblo por justa ley
y de su agravio en abono,
á ofrecer de nuevo el trono
á su desgraciado rey.

Y Alfonso teniendo mal
su alegría sin igual
de mejor tiempo barrunto...
—Iré á Burgos, gritó al punto
al castellano leal.

III.

Y en los ojos destilando
júbilo y placer inmenso,
al monarca toledano
se presentó en el momento,
—Vengo, le dijo, á ofreceros,
última vez mis respetos,
pues de nuevo á gobernar
me llama mi heróico pueblo.
—Castellano, dijo el moro,
con el alma lo celebro
y yo de vos como siempre
solo la amistad acepto.
¿Quereis oro?.... pedid oro
y el viaje emprendedlo luego
y si escolta no teneis
podeis llevaros mi ejército,

que al ver que vá en vuestra guarda
tendré gran placer, creedlo.
—Solo he de partir, señor.
—Como querais, mas por eso
no llegue nuestra amistad
á enfriarse ni un momento.
—No por Dios; fuera un agravio
á vos de bondad modelo,
y que no cabrá jamás
en un castellano pecho.
—Alá os guarde, buen cristiano.
—Buen moro, que os guarde el cielo.

IV.

Despues que los dos caudillos
el último á Dios se dieron,
partió D. Alfonso á Burgos
á saludar á su pueblo.
Allí le esperaba el Cid
con el misterioso intento
de ofrecerle una corona
y exigirle un juramento,
dando en tan bella jornada

á ser en su fallo recto,
lauros para su memoria,
y gloria para su tiempo.
Por eso cuando los dos
ya frente á frente estuvieron,
el noble adalid ansioso
al punto rompió el silencio.
—¿Jurais no haber parte alguna
cuando de Zamora el cerco,
dijo, en la aleve traicion
que todos maldeciremos,
con que vuestro ilustre hermano
el buen D. Sancho fué muerto,
á manos de aquel traidor
que por Dolfos conocemos?
—Sí juro, clamó allá un rato
el otro, con torbo acento,
al ver el orgullo altivo
del castellano soberbio.
Entonces el Cid cogió
un libro, los Evangelios,
y le obligó á pronunciar
nuevamente el juramento,
y cuando ya por tres veces
juró el rey, mirando al pueblo,

con voz enérgica y firme
¡viva!, clamó, Alfonso sesto,
y volviéndose al monarca
le dijo con dulce acento:
—Que á jurar os obligára
jamás á ninguno asombre,
que á no estar la verdad clara,
accion tan ruin infamára
el lustre de vuestro nombre.
Y sirva el antiguo encono
á vuestra fama de abono
cuando el mundo entero vea,
que os brindó de nuevo el trono
la jura en Santa Gadea.

SAN MARCOS DE LEON.

Magnífico monumento
que del arte en pos revela
en cada detalle un gusto
que el entusiasmo despierta;

Portentosa maravilla
del hombre que ansioso anhela
eternizar de su siglo
para los demás la idea.

En tí mira el estranjero
con infinita sorpresa,
los adelantos de un arte
sin mas rival que la Grecia.

Y el que en santo misticismo
su alma á lo infinito lleva,
ante tus pardas paredes
tambien su plegaria eleva.

Recordando de otros tiempos
la magestuosa epopeya,
del primer mártir que al mundo
su preciosa sangre lega.

Y yo, triste peregrino,
siguiendo la áspera senda
de mi vida, sin mas sueños
que los que en el arte beba:

Tambien asombrado miro
esa tu mole soberbia,
y en el alma elevo un grito
de entusiasmo á tu grandeza.

Mas un recuerdo me asalta
y me atormenta una idea,
al contemplar de tus muros
absorto la añosa hiedra.

Tu al gran génio castellano
que fama á su siglo diera,
brindastes en tu recinto
prision mezquina y estrecha.

Víctima de infame intriga
lloró Quevedo su idea,
y aquí llorando escribió
para que el mundo riera.

Enfermo y pobre lanzaba
en el espacio su queja,
sin que nadie comprendiera
los ayes de su alma enferma.

Por eso me dan horror,
aunque me admiran tus piedras,
porque hay un negro horizonte
empañando tu belleza,
si empañar puede una mancha
la hermosura de la perla.

EN LA SENTIDA MUERTE

DE MI QUERIDA SOBRINA

LUISA ORTIZ Y SOLIS.

En brazos de una esperanza
y en piélago de ilusiones
llegaste al mundo, bien mio,
entre dorados albores.

Miró en ti tu pobre Madre
el ángel de sus amores,
cubriendo del porvenir
los enlutados crespones.

Y con placer infinito
bendijo en sus oraciones
á Dios, porque la mandaba
el mejor don de sus dones.

Luego te bendijo á tí
y pasó á ser desde entonces
tu esperanza, su esperanza,
todos tus goces, sus goces,
tus ojos, luz de su alma,
tu risa, sus ilusiones,
tu alegría, su alegría,
tus dolores, sus dolores.

Y así cruzaba la vida
en campo inmenso de flores
. . . . . .
. . . . . .

Más hoy ¡qué infeliz se encuentra
ante las horas veloces
cuando entre llanto y suspiros
tu último aliento recojé!

Hoy mueren sus alegrías,
y mueren sus ilusiones,
y está tan triste.... tan triste,
en medio de sus dolores,
que no halla en la fé un asilo
ni nuestros consuelos oye.

No, ante el dolor de una Madre
no hay un eco que no llore,
ni un alma que no suspire,
ni una cancion que enamore.

Por eso renuncio á darla
mis tristísimas canciones,
y le daré solamente
el mejor don de mis dones:
el cariño de mi hija
para el bien de sus amores,

Sí, yo enseñaré á mi Juana
á que pronuncie su nombre,
á que incluya su recuerdo
en sus gratas ilusiones;
yo la llevaré algun dia
al sitio en que tú reposes,
y haré que sus manos tiernas
cubran tu tumba de flores.

CANTARES.

Si tu amor que es mi esperanza
me llegases á quitar,
de un alma triste y perdida
al cielo cuenta darás.

Hay en la América un árbol
que los siglos desafia:
no dudes que mi pasion
parece de ese árbol hija

Tu quieres, que yo te quiera,
y te quiero á no dudar,
mas... quien *toma*, á *dar* se obliga
dice un antiguo refran.

Entre los hombres y Dios
existe un espacio inmenso,
se juntaron nuestras almas
y el espacio recorrieron.

De la sonrisa de Dios
brotó la creacion un dia;
y de tu sonrisa pura
brotó mi amor y mi dicha.

¡EL ÚLTIMO ADIOS!

Ya no te veré nunca
¡oh! amor de mis amores,
la senda de la vida
conmigo deslindar,
tegiendo de azucenas
y purpurinas flores,
coronas que en tus trenzas
llegaban á espirar.

Ya no te veré nunca
cruzar al lado mio,
ansiosa de emociones
brindándome tu amor;
ya no te veré nunca
prestando al estro mio
canciones misteriosas
de encanto halagador.

No; no te veré nunca,
tan solo ya tu losa
como postrer recuerdo
me es dado visitar;
y oir del caminante
la oracion fervorosa
que al pié de tu sepulcro
se pára á recitar.

Y lágrimas y duelos,
y dudas y pesares,
y eternas esperanzas
conmigo morirán,
prestando á todas horas
su duelo á mis cantares,
sin consolar mi pena,
ni mitigar mi afán.

. . . . . .
. . . . . .

Contigo fueron las alegrías
que en ti nacieron en otros dias
que llora ansioso mi corazon,
contigo muere mi amor profundo,
contigo muere la paz del mundo,
contigo muere mi alma ilusion.

Y si hasta el trono de Dios guiada
ya con su aliento purificada
guardas memoria tierna de mí,
ya que me miras triste y sin calma,
tenga un asilo mi alma en tu alma
como tu alma lo tiene en mí.

Dios te hizo emblema de las virtudes
que á su grandeza más gratas son,
Dios al formarte mandó á los mundos
de gloria llena su bendicion.

Como los campos pobló de flores
como de perlas pobló la mar,
llenó tu pecho de sensaciones
y dióme en ellas modesto altar.

Yo crucé el mundo sin rumbo fijo
vacía el alma y el corazon,
y hallé tu imágen en mi camino
y hallé en mi alma la fé de Dios.

Sí, yo que vivo de tu memoria
que uní á la tuya mi pobre historia
que el alma tuya mi alma alegró:
no puedo hablarte con estravío
que fué tu aliento la voz del mio
y con tu aliento se marchitó.

LA CARIDAD.

—Madre, mil tierras crucé
lleno de pesar y hastío,
pero á tus brazos torné
y á Dios bendige con fé
en mi consuelo.
—¡Hijo mio!
—Madre, en el ruido profundo
de ese valle sin segundo,
allá en misteriosa calma,
tu nombre escuché en el mundo
siempre grato.
—¡Hijo del alma!

—Con sus aromas las flores
el ambiente perfumaban,
y en sus divinos olores
prestando al mundo primores
tu puro nombre exhalaban.
Y lo murmuraba el viento,
las auras lo repetían,
y las brisas en su acento
daban sones de contento
que en tu nombre recogían.
Mas, cual es no te imaginas
el mundo, en tu grata calma,
sabe madre, que hay espinas
en las flores mas divinas
que llenan de luto el alma.
Y de nadie virtud mana,
nadie dicha deja en pos,
tan solo en el bien se afana....
—¿Quién?....
—La caridad cristiana.
—Hijo, alabemos á Dios.

EL GÉNIO ERRANTE.

CASTILLA.—SIGLO XV.

EL CONVENTO DE SANTA MARÍA.

Está la tarde sombría
y entre las ramas murmura
rudo viento, que en sus alas,
la tempestad apresura.
Un hombre absorto camina,
que sin reparar sin duda,
en el récio vendabal,
su tardo paso no apura.

Tal vez algun pensamiento
su turbada frente anubla,
que á veces, entre suspiros
cortadas frases pronuncia.
Parece ser extranjero,
pues bien su traje asegura
que ni el Betis ni el Genil,
mecieron jamás su cuna.
Caballero por su porte,
aunque no de insigne alcurnia,
mas por pechero, quizás
nadie le tomára nunca.
Largo rato caminó
solitario, á la ventura,
pero al fin, mirando entorno,
por ver lo que el viento anuncia
en medio de su sorpresa,
en lontananza columbra
las paredes de un convento
que se eleva en una altura.
Entonces el extranjero,
en su impaciencia ya mucha
á un tiempo entrambos hijares,
hirió á la cabalgadura.

Sintió el aviso, pues tanto,
por la distancia se apura
que si ántes se lo insinuára
ántes la salva sin duda.
Elevábase el convento
en una hermosa espesura
que, paz luego en su recinto
la esterioridad anuncia.
Cubren yedra sus paredes;
esa hermosa vestidura
con que el tiempo su carrera
en el monumento anuncia,
cual bautismo de los siglos
crónica de sus venturas,
gala de lo venidero,
que el tiempo pasado augura.
Llegó por fin á la puerta
y tanto el cielo se nubla,
que dió al punto con la espada
un golpe en la cerradura.
Y como si le esperaran,
de dentro una voz aguda
—¿Quién vá?—gritó, y el de fuera,
dijo—abrid y dadme ayuda.—

Abrióse de par en par
la puerta por su ventura,
y un anciano venerable
cortesmente le saluda.

II.

JUAN PEREZ.

Ocupaban el convento
frailes Franciscos, que todos,
salvo raras escepciones,
eran de ciencia un tesoro.
Entre ellos se halla Juan Perez,
hombre tan sábio y tan docto,
que el monarca le consulta
en sus negocios mas hondos.
Porque fiel en su consejo
con estraños y con propios
sin ambicion, sin engaño
daba su opinion en todo.
Tal era el padre guardian
de aquel convento dichoso,

que al llegar el extranjero
estaba en su celda solo.
Anunciòle la visita
el que estuvo á abrirle pronto,
y le ordena que al momento
le conduzca á su oratorio.
Bello recinto, que es
del saber humano emporio,
dó tiene Dios un altar
y tiene la ciencia otro.
Pues la religion allí
busca sublime en su abono,
el basar sobre un principio
del saber, que es el más sólido.
Y agena á las aprensiones
que el vulgo la arroja en torno
abre sus puertas al justo
presta al infortunio apoyo.
Allí esperaba el buen padre
al que llamó, silencioso,
y estando ya en su presencia
le preguntó en buenos modos
el objeto de su viaje
del suyo á un país remoto.

Y de sus fatigas ya
descansado un tanto el otro,
al fraile atento, su historia
narra, triste y pesaroso.

III.

EL SECRETO.

—Soy Genovés, busco ansioso
la proteccion de algun hombre,
pues guardo un secreto honroso
en mi existir angustioso,
que ha de eternizar su nombre.
Sigo errante mi camino,
pero á veces imagino
que es inútil mi cuidado,
y maldigo mi destino
al verme tan apenado.
—Y porque ese justo anhelo,
—el otro le contestó,—
no cumple tu desconsuelo,
¿quieres ya culpar al cielo

que tal destino te dió?
¡Ay! en mi pobre partida
yo le alabo, aunque te asombre,
que mas apetece el hombre,
bastante le dá: una vida,
bastante le ofrece: un nombre.
—Entonces, decid, ¿por qué
á veces la santa fé
nos borra del corazon,
y aflige la situacion
del que angustiado se vé?
—Es porque el hombre se lanza
por este mundo entre abrojos
y maldice, sino alcanza
las huellas de la esperanza
á mirar ante sus ojos.
¡Por qué en vez de maldecir
en su ciencia no se encierra,
y sigue hasta descubrir
en la ancha faz de la tierra
el sueño del porvenir!
—Entera la he recorrido
y en todas partes he sido,
de visionario tratado.

—Tu pátria no te ha escuchado.
—Mi pátria me ha desoido.
En Venecia y Portugal
mi secreto espuse yo,
y en todas partes igual;
estando en juicio cabal
de loco se me trató.
Desde el vulgo al hombre sábio,
á cuantos dijo mi lábio
esta verdad tan notoria,
me hicieron cruel agravio
que arrojaron en su historia.
Y no es, no, vana ilusion
en la que mi idea fundo.
—Pero bien, en conclusion
tu eres.....
—Cristóbal Colon.
—¿Y busca tu ciencia?
—Un mundo.

IV.

CONCLUSION.

Mudo de asombro y sorpresa
quedó al escucharle el padre,
y más cuando contemplaba
los planos que Colon trae.
Así, cuando de ellos hizo
con toda calma el exámen
y aclara todas sus dudas
en discusion razonable,
le dijo..... «mañana parto
á Granada á acompañarte,
que el monarca castellano
jamás desatiende á nadie
y mi ruego al tuyo unido,
sé que no ha desecharle.

Y se cumplirá tu anhelo
ya que Dios quiere guardarle
á mi pátria gloria tanta,
que no quiso aceptar nadie.»
—«Y yo os juro que jamás
volveré en tierra á encontrarme,
si no encuentro nueva tierra
para ese trono tan grande»

. . . . . .

. . . . . .

A la córte de Granada
al otro dia ambos parten
dó Colon las llaves coge
de un mundo que busca errante.
Los dos cumplen su palabra,
Juan Perez, interesarse
hace en tan gran pensamiento
á aquella Reina tan grande.
Y en medio del mar inmenso
fué Colon á sepultarse
logrando la gloria eterna
que eterno su nombre hoy hace.

ROSAS Y CLAVELES.

De la tierra en el vergel
hay mil flores purpurinas
que tienen, como el clavel,
su tallo exento de espinas.

Por eso verás, hermosa,
que á veces mano atrevida
deja tranquila la rosa,
dejando al clavel sin vida.

Porque se puede cortar
en todo tiempo el clavel,
sin el temor de encontrar
espina punzante en él.

La rosa no; si inhumanos
la ansían por su belleza,
por no pincharse las manos
respetan tanta pureza.

«Si en el humano vergel
quieres descollar airosa,
sé siempre, siempre la rosa,
y nunca, nunca el clavel.»

EL TRABAJO.

COMPOSICION LEIDA

EN EL

CASINO REPUBLICANO

LA NOCHE DE SU INAUGURACION.

Yo acudo á esta cita con noble entusiasmo,
con santa alegría, profundo placer,
y traigo á esta cita mis trovas amantes,
henchida mi alma de orgullo y de fé.

Más siento que acaso mis frases amargas,
mis secas verdades, os puedan herir,
no busco la gloria, la farsa detesto,
ni adulo, ni miento; prefiero morir.

Yo vengo del pueblo, y al pueblo defiendo,
más nunca en mis cantos al pueblo adulé;
le sobran apláusos, le faltan consejos,
le sobra arrogancia, le falta saber.

Quien tanto le adula, le mata y le engaña,
le cierra el camino del gran porvenir;
dejemos, señores, apláusos y ruido,
que ciencia y trabajo nos faltan aquí.

Quien quiera ser libre, trabaje por serlo,
alcemos un templo, por fin, al saber:
la holganza es un vicio, que al hombre esclaviza,
oxida su alma, entibia su fé.

Primero trabajo, despues libertades,
deberes primero, derechos despues;
jamás es esclavo, quien sabe ser libre,
jamás es tirano, quien cumple el deber.

Por eso yo quiero que el pueblo se instruya;
que aprenda el derecho que vá á demandar;
que tenga conciencia de todos sus actos,
y un dia, si es fuerza, se lance á luchar.

Mas sepa en la lucha, qué idea defiende,
cuál es su criterio, cuál es su sentir,
y muestre en las lides su gloria y su fama
que todos son Cides los hijos del Cid.

El ódio á los reyes por siempre alentemos,
su fausto y su orgullo hundamos doquier,
y sepan sus razas, soberbias y altivas
que nunca fué esclavo, quien supo vencer.

El ódio á los reyes será nuestro lema,
el ódio á los reyes nos lleve á morir,
más ántes sepamos ser reyes nosotros
buscando el trabajo con ánsia febril.

Aquí un pobre templo, modesto y sublime,
en honra al trabajo pensemos fundar,
vengamos con ánsia, sepamos ser hombres,
y luego, ya libres, podemos reinar.

Trabajo y constancia ¡misterio grandioso!
los reyes un dia por fin se han de hundir;
y entonces el pueblo, ya libre, instruido,
atado á sus manos tendrá el porvenir.

Más ¡ay! si la holganza domina nuestra alma,
si apáticos vemos el tiempo correr,
suframos con calma las penas y el llanto,
que bien merecemos un trono y un rey.

EN LA SENTIDA MUERTE
DE MI QUERIDO AMIGO
EDUARDO DE LAS VALLINAS.

Permite que un momento tristisimo poeta
entone aquí en tu losa mi terrenal cantar,
yo vengo á visitarte, mas con el alma inquieta,
inquieta como el seno del anchuroso mar.

Yo aunque el dolor devoro con religiosa calma
y de su sér el mio mil veces se inundó,
ante el dolor ageno se me estremece el alma,
y canta sus dolores mi ardiente corazon.

Por eso hasta la tumba que te dedica el hombre
me impulsa en su agonía mi solitaria fé,
y vengo á visitarte, cual peregrino errante
que sigue el rumbo incierto de su agitado sér.

Escucha, pues, los ecos de mi doliente lira
emblema misterioso de mi mortal dolor,
en la mansion augusta donde descansas libre
de la prision estrecha en que me agito yo.

Sí, pobre amigo, pobre Eduardo
dentro del alma tu imágen guardo,
oigo tu acento dentro de mí;
yo nunca olvido tu amistad santa
mas no hallo frases en mi garganta
para contarte mi pena á tí.

Pocos amigos me dá la suerte,
y de los pocos lleva la muerte
á los que amo con mas afán;
ese es el mundo, esa es la vida,
arista suelta, flor desprendida
que huye al impulso del huracan.

¡Oh pobre amigo! cuando esto pienso
siento honda pena, pesar inmenso,
envuelve mi alma negro dolor;
miro á tu madre llorar y callo;
para una madre consuelo no hallo
cuando quien manda su pena es Dios.

Hoy tus recuerdos de amistad pura
tienen su dique: ¡la sepultura!
mansion eterna de soledad;
hoy tus recuerdos, hoy tus historias,
hoy tus amores, hoy tus memorias,
¡todo lo envuelve la eternidad!

Por eso vengo con alma inquieta
hasta tu tumba triste poeta
para dejarte mi pobre flor,
para decirte con mil dolores
que aquí en tu tumba siempre habrá flores,
en tanto amigo, que aliente yo.

AYER Y HOY.

Sobre unas pajas húmedas, dormida
te ví la vez primera,
seco tu cuerpo de hambre... y sin embargo,
¡qué feliz eras!

Mas tarde, en blando lecho y entre aromas
te he visto reclinada,
¡estabas bella! pero al verte dije
¡qué desgraciada!

EL TROVADOR.

Llego á tu reja cansado y yerto,
vengo de Oriente, crucé el desierto
tu alma hermosura por contemplar;
abre si quieres esa ventana,
sal á tu reja, gentil sultana,
mi trova amante si has de escuchar.

Traigo de Chipre gentiles rosas,
frescas, lozanas, puras, hermosas,
para que adornes tu altiva sien:
abre tu reja solo un momento,
y que te lleve tranquilo el viento
el rico aroma de aquel Edén.

Más, ¡ay! si acaso del castellano
tu eres esclava, fuera liviano
tras de esos hierros pintar tu faz:
y aunque cansado me encuentro y yerto
porque transido crucé el desierto,
yo iré á otra parte para trovar.

. . . . . .
. . . . . .

En este instante cedió la reja
y el bardo errante miró detras,
hurí celeste de casto sueño
que de este modo comenzó á hablar.

—«Al punto, pages, echad el puente,
que pase el bardo que desde Oriente
viene sus trovas para cantar:
—Gracias, sultana, tu voz resuena
cual la voz pura de le sirena
que alegra el seno de la ancha mar.

—Pulsa en tu lira cantar galano
que no me priva mi castellano,
que oiga los cantos del trovador;
en esta tierra de la hidalguia
son las mujeres del hombre guia,
y solo esclavas para el amor.

—No, no eres libre, quedar no puedo
que si á tus gracias rendido cedo
no puedo holgarme con tu querer;
y yo tan solo por amor canto
que amor es siempre mi dulce encanto,
que amor es siempre, sér de mi sér.

Y puesto que eres del castellano
la tierna esposa, fuera liviano
que te brindára con mi cancion:
adios, de Arabia fragante rosa,
voy á otra parte donde una hermosa
por mis canciones me brinde amor.

Tal dijo el bardo
y huyó anhelante
antes que hundiera
su disco el sol:
por todas partes
buscando errante
quien por sus trovas
le brinde amor.

¡LA LIBERTAD DE CULTOS!

Tras cuatro siglos de luto y guerra
y de amarguras y de opresion,
por fin, hoy luce para el ibero
en su horizonte más puro el sol.

La intolerancia con sus horrores
agostó el arte, mató el saber,
en todas partes su impura mano
dejó el vil rastro de su poder.

Siglos odiosos de oprobio y luto
manchan la historia de esta nacion,
que ha dado Cides para la guerra
y que en los mares lanzó á Colon.

¡La intolerancia!... sarcasmo horrible
que de sus lábios lanzando van,
esos sicarios de la conciencia
que al pueblo intentan avasallar.

La intolerancia dejó esta tierra
donde los árabes miran su Edén,
manchada en sangre, de oprobio llena,
sin luz, sin vida, sin pan, sin fé.

La intolerancia quemó la idea,
quemó la mente, la ciencia ahogó:
la intolerancia con sus horrores
hizo á los hombres dudar de Dios.

Los monumentos de sus creencias
dejan los árabes y huyen de aquí,
huyen de un pueblo que ingrato y pérfido,
en la barbárie les quiere hundir.

Y en las arenas de sus desiertos
lanzan mil gritos de maldicion,
viendo estas razas envilecidas
que alzan un dia la Inquisicion.

¡Siglo de horrores!... un pueblo altivo
que sobre el Teide clavó el pendon,
se arrastró impuro sobre la huella
de un fraile ignaro sin ley ni amor.

Y embrutecidos y avasallados
de Dios en nombre marchando van,
siendo el ludibrio de las naciones
que su pujanza desprecian yá.

Sí, los que un dia fueron asombro
del universo por su valor,
tan solo saben en su ignorancia
quemar al hombre, rezando á Dios.

Basta; esa historia de llanto y luto
yo más no quiero contar aquí,
que si esos tiempos volver pudieran
fuera mil veces mejor morir.

La intolerancia murió en España,
su sombra horrible por fin huyó,
¡ya no hay hogueras, ya no hay suplicios!
ya puede el hombre pensar en Dios.

Ya puede el alma tomar espacio,
ya puede el alma sentir con fé,
ya dejó el alma de ser esclava
sin que lo impida ningun poder.

Hoy ya con honra de vuestros hijos
las castas risas al contemplar,
podreis decirles: —«vive, hijo mio,
respira el aura de libertad.

Ya desterramos la intolerancia
que tanto tiempo nos deshonró,
y al fin ya puedes segun tu idea
mirar al cielo y amar á Dios.»—

EN LA SENTIDA MUERTE
DEL NIÑO
MANUEL DE ROZAS Y JANET.

Tierna y purísima flor
aun en su boton cerrada,
que huyes al primer albor
de este mundo embriagador
sin saber del mundo nada.

Angel puro, tu dirás
en los espacios serenos
por que caminando vás:
«Lloran por un mártir menos
que vá á ser un ángel más.»

Si, para ti la alegría
el gozo aunque no te cuadre,
y la duda negra y fría,
la eterna melancolía
son para tu pobre Madre.

Tu Madre, que hondo quebranto
con tu muerte la domina,
tu Madre, que te ama tanto
que te lo dice en su llanto
y ese llanto la asesina.

Yo lloro al verla ¡ay de mí!
tan triste, tan triste aquí
sus lágrimas enjugando,
lloro.... pues la conocí
niña como á ti jugando.

Y hoy al mirarla en su pena,
y á tu Padre en su agonía,
mi alma de dolor se llena,
mi alma al dolor no es agena
porque es noble el alma mia.

Y les digo por consuelo
á los dos viendo su anhelo,
viendo su dolor profundo:
«Vuestro hijo, está en el cielo,
porque era el cielo su mundo.»

Dejadle allí reposar,
dejadle errante vagar
por la region de la gloria,
que no faltará un cantar
en el mundo á su memoria.

Yo iré á su tumba, aunque opreso
mi pecho por mil dolores
y de mi fé con esceso,
dejaré en su tumba un beso,
y una corona de flores.

Basteos esto, y ya serenos,
de consuelo y calma llenos,
repetid con los demás:
«En la tierra un mártir menos,
en el cielo un ángel más.»

¡UN CRIMEN! (1)

La odiosa tiranía levanta su cabeza
cadáveres de hermanos sembrando por doquier,
de un pueblo generoso desprecia las bondades,
olvida la pujanza de su gigante sér.

¡Hay un partido!.... oprobio del generoso pueblo
que á todos sus tiranos perdona sin cesar,
¡hay un partido! mengua de las naciones cultas,
que ostenta por divisa la hoguera y el puñal.

(1) *Estos versos fueron escritos con motivo del asesinato del Gobernador de Búrgos.*

Es un partido odioso que escribe sus anales
con sangre que cobarde en torno derramó,
es un partido impuro que crímenes hacina
y aun á invocar se atreve en su delirio á Dios.

¿Queréis saber el nombre de esa canalla odiosa?
¿queréis saber el nombre de ese partido infiel?
en Búrgos se halla escrito con sangre en un santuario,
las edades futuras allí lo podrán ver.

Allí sobre las losas del frío pavimento
su huella quedó impresa con sangre liberal,
cual queda en el desierto la garra del leopardo,
cual queda entre la arena la planta del chacal.

Allí de su alma impura la hiel destiló osado,
de su infestada boca la hiel allí quedó,
un crímen como ejemplo presentan esos hombres
que invocan para herirnos, ¡hipócritas!, á Dios.

¡Ah! si aun nos queda un resto de dignidad y honra,
si España es aun la España gloriosa sin cesar,
jurad el esterminio de esa canalla odiosa
que jura el esterminio del pueblo liberal.

Juradlo, y elevemos del fondo de nuestra alma
una plegaria humilde que llegue hasta el Señor,
y hagamos porque acoja benigno entre sus brazos
á un mártir que del pueblo la causa defendió.

¡Que viva el pueblo libre! que mueran los tiranos,
que vivan los que guardan la santa libertad,
de esta nacion de Cides, esclava de su honra,
de esta nacion que asombra al mundo en Villalar.

¡Cosas del mundo!

Allá en tiempos solícito reía
cuando decir oía
á algun poeta campanudo y sério:
«¡la mujer es un ángel en el mundo,
y de uno á otro emisfério
todo lo ensalza con su amor profundo!»

Hoy lo escucho con calma
y se me alegra al escucharlo el alma,
el por qué, lo diré sin que por eso,
lo tomeis de egoismo por esceso
ni mi orgullo os aflija,
es... ¡que tengo una hija!

NOBLEZA ÁRABE. (1)

(LEYENDA ORIENTAL.)

I.

En su fogoso corcel
caminando á toda brida,
pues es larga la jornada
y la noche se aproxima,
marcha un árabe arrogante
despreciando la fatiga
y el calor, que brota en torno
de entre la arena encendida.

(1) El pensamiento de esta leyenda está tomado de una anécdota que refiere en su libro *Apertura del Istmo de Suez*, el Sr. Castro y Serrano.

Sudoroso va el caballo
pues desde el alba camina
sin descanso, y sin hallar
ni un instante sombra amiga.
Acaríciale el ginete,
el bravo animal relincha,
y redobla la carrera
aunque veloz la traia:
Pues por salvar á su dueño
dejándole en su guarida,
él perderá si es preciso
en cuanto llegue, la vida.
Porque es el noble animal
de esa raza favorita,
que en la calma se amilana
y ante el peligro se anima.
Y tanto de su lealtad
el árabe siempre fía,
que no conoce los riesgos
cuando en su alazan camina.
Por eso con toda calma
viendo que se ahuyenta el dia
y la atmósfera refresca
y su cuerpo vivifica:

fué cediendo en su carrera,
y marchando ya sin prisa,
echó sobre el corbo cuello
del corcel entrambas bridas
y se abandonó tranquilo
á sus sueños, sin medida,
pensando que sin obstáculo
hasta su aduar llegaría.
Así caminó gran trecho
dormido sobre la silla,
cuando á despertarle vino
una brusca sacudida
del caballo, que indeciso
sobre los cascos se afirma,
y con la nariz abierta
bate la cola, y se agita.
Investigó al punto el moro
el peligro que le avisa
y oyó allí cerca una voz
que confusa y dolorida
de este modo se espresaba
apelando á su hidalguía:

II.

—«¡Alá te guarde! ¡oh! hermano,
y te impulse hasta tu aduar
con su aliento soberano,
que inunda de fresco el llano
hundiendo el sol en la mar.
Guíete tu suerte buena
ya que no puedo en mi pena
seguirte yo, pues me espanta
el que la abrasada arena
me ensangrentó ya la planta.»

Cogió las bridas el moro
y acercándose en seguida
hácia el sitio ya cercano
de donde la voz venia,
vió un moro viejo en el suelo

todo cubierto de heridas
el rostro, y los pies descalzos
sugetos con fuertes ligas,
que muerto de hambre y de sed
y transido de agonía,
ni marchar puede ya solo,
ni de cansancio respira.
De su compasion entonces
conmoviéronse las fibras,
que es noble su alma, y es noble
el corazon que le guía,
y saltando del caballo
con ansiedad se aproxima
y este diálogo entablaron
los dos moros enseguida:

—¿Estas enfermo?
—Y herido.
—¿Dónde caminas?
—Errante
y enfermo, hasta quí he venido

pero ya desfallecido
seguir no puedo adelante.
Por entre abrasada arena
desde el alba caminé
sin encontrar sombra buena,
perdiendo acaso sin pena
mi ya agonizante fé.
—Basta hermano, mi corcel
cansado está á no dudar,
pero animal noble y fiel
aun hará un esfuerzo, y él
nos llevará hasta mi hogar.
—¡Bendito Alá que te envia!
¡bendita su inmensidad!
—Basta, en mis esfuerzos fía
aquí la fortuna es mia
que ejerzo la caridad.

Y con sus hercúleos brazos
cogiendo al viejo enseguida
sobre la grupa le echó

saltando sobre la silla.
Rodeole el viejo el cuerpo
entrambas manos asidas,
y aunque impacientes los dos
á poco paso caminan
que mas no puede el caballo
entre arena movediza
caminar con doble carga
que otras veces lleva encima.

III.

Asi siguieron gran rato
los dos estraños viageros,
el de atrás siempre agitado,
el otro siempre sereno.
Ni una palabra se hablaron
desde que juntos se vieron
pues toda conversacion
evitaba astuto el viejo:
dando á entender, sin pensarlo,
que medita algo en silencio
por la inquietud con que marcha,

y porque viendo su aspecto
con mas calma, bien se nota
que ni está herido, ni es viejo.
Mas nada su protector
pudo notar de todo esto,
porque le sobra valor
y no sabe lo que es miedo.
Por eso viendo su aduar
aunque está bastante lejos
díjole alegre al de atrás
para darle algun aliento:
—«Ánimo que falta poco
pronto la jornada haremos.
—Aun falta mucho, contesta,
segun pide mi deseo
pues tengo los pies hinchados
y de dolor me estremezco.
—Aun eso remedio tiene,
dijo el otro con denuedo,
bajemos y entre la arena
descansando unos momentos,
ya despues con nuevos brios
el camino emprenderemos.
—Gracias, generoso amigo,

dijo, hipócrita y artero,
ni con la vida podré
pagar nunca lo que os debo.
—Basta, bajemos que yo
cumplo mi deber con esto.
—Bajad vos, porque yo solo
bajarme muy bien no puedo.
Bajóse de un salto el mozo,
y no bien le vió en el suelo
sonrióse el viejo astuto
y dando un salto certero,
dejó su ademan humilde,
irguióse altivo y soberbio,
avanzó sobre la silla,
y haciendo un supremo esfuerzo,
sacó al galope el caballo
por entre la arena huyendo,
cual hoja que el viento arrastra
á lo largo del desierto.

IV.

Atónito de sorpresa
quedó el generoso moro
y de venganza inflamado
y de rabia y de sonrojo
al verse burlado asi
por tal hombre, y de tal modo:
y más cuando á gran distancia
parando el caballo el otro
le dijo altivo y soberbio
con ademan desdeñoso:
—Hace tiempo que envidiaba
con ánsia loca tu potro,
que es el mejor animal
que en la comarca conozco,
y en celos me consumia
viéndote marchar airoso,
viéndote lucir su estampa
con negligente abandono:
en las calles, en las plazas

y en las justas orgulloso.
Mil veces comprarlo quise;
despreciaste mi próposito,
y no pudiendo poseerlo
por más que inventaba el modo,
apelé á un recurso estremo,
fingime viejo y leproso,
y, la conclusion la sabes
que tu caballo te robo.
—¡Alá! de tu crimen feo,
le dijo con calma el otro,
cuentas te pida, que yo
por mi parte, te perdono.
Más sabe que en adelante
por tu proceder odioso
si marchando en mi camino,
pues que los caminos corro,
hallo un infeliz gimiendo,
hallo postrado un leproso,
ó un viejo que marcha al rastro
cubierto de sangre y lodo:
si al implorar mi clemencia
yo sus lamentos desoigo:
si la caridad no ejerzo

y ante el dolor no me postro,
tuya la culpa será,
serás tu el infame, el mónstruo.
—¡Oh! no, con sentido acento
dijo al punto el otro moro,
cual si del alma le hiriera
el sentimiento mas hondo,
¡oh! no, clamó con fiereza
retrocediendo de pronto,
¡dejar por mi culpa tú
de ejercer don tan precioso!
¡A la santa caridad
mirar con semblante torbo!
¡dejar sin consuelo al triste
cuando implore tu socorro!
¡Ser una planta maldita
de los hombres en desdoro!
y renegar de los hombres
y renegar de ti propio,
solo por mi villanía
por mi vileza tan solo:
nunca, á ese precio, no quiero,
¡Alá es grande!, toma el potro.
Y bajándose de un salto

dejó las bridas gustoso
abandonando su presa
con lágrimas en los ojos.

. . . . . .

. . . . . .

Tal es esa noble raza
á quien todos agraviamos,
y á quien todo lo debemos
si os parais á investigarlo.
Tal son de nobles y fieles
esos hombres esforzados
á quienes los *cultos* llaman
en todos los tonos bárbaros:
cuando por ellos tenemos
en nuestro suelo envidiado
plazas, fuentes, monumentos
del arte vivo milagro.
Y sus costumbres seguimos,
y con sus fiestas gozamos:
sus sábios nos instruyeron,
sus bardos nos inspiraron,
sus glorias son glorias nuestras,
y hasta su sangre llevamos.

AL AMANECER.

Una mañana cuando el sol apenas
asomó en su horizonte,
bañando en luces de oro y de esmeralda
el perfumado bosque:

Yo desde mi ventana con encanto
contemplaba dos rosas,
que al soplo de la brisa estremecidas
mecian sus corolas.

Y tanto y tanto con su soplo vivo
las rosas se mecieron,
que saludando al alba, se juntaron
y se dieron un beso.

Entonces yo volviéndome de pronto
te ví ya en tu ventana,
y al verte tan cerquita, pedí al viento
con ansia que soplara.

¿Sabes por qué?... porque al mirarte absorto
emulando á las rosas,
me daban tentaciones alma mia
de saludar la aurora.

LA ESCLAVITUD.

Hay una tierra rica en armonía
que en medio de los mares se levanta
donde Dios derramó con alegría
el rico cáliz de su gloria santa:
donde todo es titánico á porfía
y en titánica voz su gloria canta,
donde elevan los andes su alta copa
que puede prestar sombra á toda Europa.

En ese paraiso de la tierra
para gloria del hombre allí creado,
una planta maldita ha germinado
que entre sus hojas el dolor encierra;
hay un fantasma que nos mira airado,
cuya mirada de impiedad aterra:
fantasma maldecido á quien alienta
el orgullo mortal, para su afrenta.

¡La esclavitud! opróbio de esa zona
donde el hombre mas grande se concibe
porque allí todo su poder pregona,
porque allí entre grandezas sueña y vive;
allí la esclavitud aun se recibe,
y el alma ruin en su maldad la abona:
porque tal vez por Dios estará escrito
el que sea allí grande, hasta el delito.

¡La esclavitud!, mezquina y torpe idea
que el hombre en su alto juicio no consiente,
que empaña el alma vil del que la crea
como empañan las nieblas el ambiente;
que hace negar al Dios Omnipotente
que el mundo todo con su aliento orea:
porque él le dió su esencia al ser humano
no para ser esclavo, sino hermano.

¡La esclavitud!, horrible pensamiento
que niega la razon y al hombre advierte
que aun hay algo mas triste que la muerte
bajo la inmensa faz del firmamento;
mas triste si, porque el cruel lamento
de la madre al mirar el hijo inerte,
no brota tan horrible, tan aciago,
como el lamento del que gime esclavo.

Mirad sino la vida de estos séres
envuelta siempre en negras agonías
sin consuelo ni amor pasan los dias
que el tédio no dá amor á sus mujeres;
en su negro existir, sin alegrias
nuestras penas tomaran por placeres,
raza proscripta, miserable, hambrienta,
que á la conciencia universal afrenta.

Y no es vil el esclavo, nécio empeño,
eso lo dice el vulgo y no lo siente,
vil es quien le esclaviza torpemente
envuelta su alma en infernal beleño;
sí, porque el hierro que marcó su frente,
antes marca la mano de su dueño,
cual la calumnia quema nuestra boca
si en honra ilesa la calumnia toca.

Es el esclavo miserable planta
que secas hojas por do quiera viste,
y que su tallo quebradizo y triste,
sobre el desierto del dolor levanta:
sombra que sobre el crimen se agiganta
pues sobre el crimen por do quiera existe
cúmulo de maldad para los hombres
y afrenta sin igual para sus nombres.

Por eso es fuerza crimen tan nefando
desterrar de esa tierra portentosa,
y borrar esa sombra que afrentosa
la mente universal está manchando;
borrar ese gran crimen, derramando
la civilizacion con fé grandiosa,
que tras las puras olas del Atlante
la sombra de *Lincoln* se alza arrogante.

Y tú, muger cristiana sin mancilla
ayuda á esta magnífica jornada,
echemos esa planta desdichada
de ese hermoso rincon, que es de Castilla;
arrojemos al viento su semilla,
tu tienes hijos y familia honrada
y sabes que es mejor, si triste al cabo,
mirar un hijo muerto, que no esclavo.

LA FELICIDAD Y EL ALMA.

EL ALMA.

¿Por qué sombra querida
de mi lado te apartas inconstante,
sin que en mi rostro mústio y anhelante
tu luz, que es luz de vida,
resplandezca un instante?

¿Por qué siempre te miro
el lejano horizonte iluminando
y la paz derramando,
sin que oigas de mi afan el fiel suspiro,
que va en inquieto giro
tras de tu errante huella caminando?

¿Por qué si te venero
has de mostrarme esquivo
tu semblante hechicero,
cuando triste de mi, tanto te quiero,
que con mirarte vivo
y con no verte muero?

LA FELICIDAD.

No asi inquieta delires
ni por verme suspires,
que al alma dolorida
por rigor infinito de la suerte,
á veces doy la vida,
pero á veces tambien le doy la muerte.

Cesa, pues, en tu llanto
abandona tu cuita,
olvida por tu bien mi dulce encanto,
que con ánsia infinita
yo acudiré á tu cita
cuando el dolor te envuelva con su manto.

Pero nunca te olvides,
que de este mundo en las sangrientas lides
en medio del camino
mi sombra inquieta un punto para ver,
es preciso luchar contra el destino,
luchar, y padecer.

EL ALMA.

¡Oh! no, yo quiero hablarte
mis caricias de amor por siempre darte
y que mi amor te obligue,
y que tu ser mitigue
con amor al mirarte,
la sombra del dolor que me persigue.

LA FELICIDAD.

¡Ilusion engañosa!
tu quieres siempre alegre y venturosa
pasar por esta vida
donde el dolor existe,
sin dejar por recuerdo aqui vertida
una lágrima triste.

EL ALMA.

¡Eso en verdad ansio!

LA FELICIDAD.

¡Oh! cruel desvario;
sin el dolor, yo el mundo no corriera,
no lo olvides jamás aunque te asombre,
que sin dolor, felicidad no hubiera
para alegrar al hombre.

Y no olvides tampoco
en medio á tu afan loco,
que si el dolor mataras,
como en tu ciego enojo pretendias,
cuando á mi me buscáras
un cadáver no mas encontrarias.

AL EMINENTE ACTOR

D. JOSÉ VALERO. (1)

Hace tiempo, aunque te asombre,
que tu nombre aquí llegó,
y sin conocer al hombre
aplaudimos el buen nombre
que entre los hombres logró.

Hoy, con placer singular
llega el público á admirarte,
y en las tablas á mirar
entre laureles cruzar
al nuevo titan del arte.

(1) Leidos en el Teatro de esta Capital el 1.° de Julio de 1867.

Hoy, entre aplausos y flores
el público de Leon,
de tus coronas mejores
deja mústios los colores
con flores del corazon.

Hoy de tu fama notoria
comprende la justa gloria,
y hoy, escuchando tu acento,
lanza gritos de contento
que hallarán eco en la historia.

. . . . . .

. . . . . .

¡Valero! si por azar
vuelves un tiempo á Leon,
tu nombre en algun cantar
del pueblo, habrás de escuchar,
brotado en el corazon.

De este pueblo altivo y fuerte,
pueblo de nobleza escudo,
altivo junto á la muerte,
que con ánsia llegó á verte
tributándote un saludo.

Y que despues de cien años
habrá en él, aunque te asombre,
sin falsedad, sin engaños,
quien sabrá á propios y estraños,
hacer respetar tu nombre.

Y que te pide entre loóres
que guardes por atencion
á sus modestos favores,
con tus coronas mejores
las coronas de Leon.

Apólogo.

Un arroyo tranquilo se desliza
entre juncos y cañas,
buscando el seno protector que mira
en la mar ya cercana.

Y ansiando entre sus aguas confundirse,
sin recorrer la vega
cambia de direccion, tuerce su rumbo
y busca otra vereda.

Mas ¡ay! al poco tiempo detenidas
por el terreno ingrato,
sin poder avanzar en su carrera
sus aguas se estancaron.

Y al poco tiempo el caminante atento
en charco ponzoñoso,
contempló corrompidas y entre fango
las aguas del arroyo.

. . . . . .

. . . . . .

Así el hombre con ansia vá buscando
su porvenir tranquilo,
mas á veces tras locas ilusiones
se estanca en su camino.

Que todo el que violenta el rumbo cierto
que le marcó la suerte,
lo mismo que el arroyo en la pradera
se espone á corromperse.

LA SOMBRA MALDITA.

Con dulce calma, con paso grave,
sonrisa pura, dulce mirar,
Virgen hermosa salió del cielo
y el mundo todo vino á alegrar.

Son sus miradas la luz del mundo,
son sus acentos himnos de amor,
son sus suspiros tierna armonía
que al cielo manda la creacion.

Todos su paso siembran con flores,
los bardos cantan su rostro al ver;
todo lo alegra, todo lo esmalta
lo magnifica su hermoso sér.

Sienten los sábios á su presencia
vivificarse su fé sin fin,
pues en sus manos miran abierto
el libro augusto del porvenir.

Y entre cantares y bendiciones,
y entre alegrías va siempre en pos,
que sabe el alma que la bendice
que al bendecirla bendice á Dios.

. . . . . .

. . . . . .

Mas ¡ay! marchando con torpe paso
tras de su paso con torva faz,
siempre rugiendo de ira y vergüenza
siniestra sombra salió detrás.

Y por el mundo con loco empeño
tras de la Virgen siempre siguió,
y con sonrisa tétrica, impura,
todos sus triunfos emponzoñó.

. . . . . .

. . . . . .

Un dia, triste la hermosa Virgen,
viendo la sombra tenaz tras sí,
su sufrimiento tal vez colmado
la dijo altiva con calma así.

—¿Quién eres sombra, que me persigue
desde que al suelo Dios me mandó?
¿qué afan te impulsa? ¿cuál es tu sino?
¿por qué vas siempre donde voy yó?

¿Por qué me sigues con tal empeño?
¿por qué do marcho, marchando vás?
¿por qué interrumpes siempre mi sueño?
¿por qué te miro siempre detrás?

¿Por qué me sigues con tal perfidia?
yo no te temo, vá Dios en mí,
yo soy la FAMA.....
—Yo soy la ENVIDIA.
—¡Maldita seas! huye de mí.

—No—contestóla—sé que te asombra,
mas, tras tu paso Luzbel me echó,
tu eres el cuerpo, yo soy la sombra,
tu eres la vida, la muerte yo.

. . . . . .
. . . . . .

Desde este dia tras de la FAMA
la torpe ENVIDIA marchando va,
sin que su rostro resplandeciente
la miserable pueda empañar.

No, sabe el hombre para consuelo,
que no se apaga la luz del sol,
y que no mancha la faz del cielo
la inmunda baba del caracol.

A COLON.

De gloria al gérmen profundo
se exaltó tu amante pecho,
y juzgando el mundo estrecho
buscaste ansioso otro mundo;
á tu génio sin segundo
se rinde la adoracion
que en esta noble nacion
se tributa al génio solo,
y el mundo de polo á polo
tu nombre canta, Colon.

Cuando tu mente derrama
esa idea tan gigante,
de la ciencia nuevo Atlante
el mundo entero te aclama:
las cien trompas de la fama
cunden tu invicto valor,
y á tu génio emprendedor
cantan vates inspirados,
desde los Polos helados,
hasta el ardiente Ecuador.

Tú, sin que el hombre se esplique
tan grandioso pensamiento,
presentas con tu ardimiento
de la ciencia roto el dique;
y cuando el hombre dedique
algun recuerdo á tu nombre
con que los siglos asombre,
dirá un coro celestial:
«es pequeño pedestal
la tierra, para tal hombre.»

Ya el Ibero presentía
de valor al númen santo,
sus victorias en Lepanto,
en San Quintin, y en Pavía;
mas con ánsia pretendia
más gloria para su historia,
y con más tierra, tal gloria
para su historia logró,
que de su pendon colgó
el manto de la victoria.

Por tí, señores se hicieron
de la América los reyes,
y despues con torpes leyes
cruel agravio te hicieron;
por tí los mares rigieron
con orgullo sin segundo,
y en pago á tu afan profundo
desde su trono arrogante,
te vieron cruzar errante
por el desierto del mundo.

Mas hoy el sábio te nombra
y tu memoria respeta,
pues mira en la mar inquieta,
estremecerse tu sombra;
hoy con tu recuerdo asombra
á las razas por do quiera,
y con fé sin fin venera
embriagado en grata calma,
la luz que vertió tu alma
á su paso por la esfera.

Tus encantos.

Los claveles eligieron
de tus lábios el color
y orgullosos se mecieron
cuando tan bellos se vieron
del sol al primer albor.

Tendió la aurora su manto
derramando dulce llanto
en la flor que te provoca,
y ahora advierto con encanto
todo su llanto en tu boca.

La brisa su manso aliento
con trémulo movimiento
exhaló en el nuevo día,
pero antes bebió en tu aliento
su perfumada ambrosía.

Brilla en la noche un lucero
que al puro sol le dá enojos
arrogante y altanero....
y al ver tus ojos infiero
que su luz le dán tus ojos.

Está el mar alborotado
de hermoso coral poblado
pero, no haciéndole agravios,
es más puro y delicado
el coral de tus dos lábios.

Por eso por mi consuelo
te miro con grato anhelo
en todas partes brillar,
siendo la reina en el cielo,
en la tierra, y en el mar.

EL ALBA.

Ya el sol su luz temblorosa
allá en el Oriente asoma,
y la saluda orgullosa
meciéndose presurosa
en los aires, la paloma.

Ya cesa el medroso ruido
que en las sombras escondido
de la noche, se albergó;
ya la alondra dejó el nido
y á los aires ascendió.

Ya las flores esmaltadas
de sus tallos antes presos
lucen las hojas pintadas
y por la brisa impulsadas
se prodigan castos besos.

Por la senda de la sierra
que entre céspedes se cierra
pasa alegre en derredor,
rozando la húmeda tierra
el ganado balador.

Ya la niebla deja al monte,
ya la bruma deja al rio,
á las flores el rocio,
y con la luz pierde el monte
su triste aspecto sombrío.

Ya del templo la campana
nos recuerda con amor
la oracion de la mañana,
y su grave voz hermana
con la voz del ruiseñor.

Ya los pájaros gorgean,
y los campos reverdecen
y las flores nos orean,
y miles de insectos crecen
y en el aire juguetean.

Todo en mágica ilusion
acepta el hermoso dón
que la luz del sol le imprime,
y parece más sublime
la sublime creacion.

Y nuestra alma solitaria
ante grandeza tan vária,
tanta dicha viendo en pos,
suspendiendo su plegaria
dice humilde: ¡creo en Dios!

¡IMPOSIBLE!

¡Le amaste!... ¡te adoró!... pasó cual sueño
aquel éstaxis puro para tí,
y solo dudas, y misterio, y sombras,
te ofrece el porvenir.

Más hoy, cuando recuerdas al perjuro
pretendiendo engañarte y engañarnos,
una sonrisa de *desden* y *olvido*,
dibujas en tus labios.

Sonríes, es verdad, más casi siempre
recuerdo triste de tu frágil dicha,
una importuna lágrima, desmiente
al instante tu risa.

Y es porque de la vida ante el misterio,
al mundo loco, es fácil engañar;
pero engañar al alma, es imposible,
¡no lo olvides jamás!

A LAS SEÑORITAS

QUE

HAN TOMADO PARTE EN LAS REPRESENTACIONES DE LA

SOCIEDAD LÍRICO-DRAMÁTICA LEONESA. (1)

Altiva, graciosa, enhiesta,
dándole al placer, placer,
hoy llega aquí la muger
hermosa, á honrar nuestra fiesta;
nada por lo tanto resta,
porque es tanta la ilusion,
tan completa la ovacion
que en estas bóvedas zumba,
que hace estremecer la tumba
de Tirso y de Calderon.

(1) Leida por el autor en el Teatro de esta Capital la noche del 22 de Febrero de 1872.

¡Gracias por venir aquí
muger celestial y bella!
el hombre vá tras tu huella
pues necesita de tí;
el hombre te busca, sí,
para entregarte la palma,
y te busca en grata calma
en su intento sin cesar....
cual busca el rio la mar,
cual busca el amor el alma.

Todo es tristeza y hastío
donde no brilla su encanto,
aprisiona con su llanto
nuestro corazon bravío:
sugeta nuestro albedrío,
preside nuestros placeres,
es la luz de nuestros seres,
y dice cualquiera al verlas:
¡como la mar tiene perlas
tiene la tierra mugeres!

Por eso al llegar aquí
mi entusiasmo las saluda
y las acojo en mi ayuda
con amante frenesí;
por eso todos aquí
viendo su influjo fecundo,
con entusiasmo profundo
saludan su aparicion,
como saludó Colon
las playas del Nuevo-Mundo.

La fé.

¡La fé! ¡sublime misterio!
¡fuente perenne de dichas!
¡manantial inagotable
del desierto de la vida!
¡La fé! por ella admiramos
de Dios la ciencia bendita,
por ella á Dios presentimos
porque ella es su esencia misma.
Porque ella anuncia en la tierra
su omnipotencia infinita,
como anuncia los latidos
del corazon, la alegria,
como anuncia el sufrimiento
la lágrima en la pupila.

La fé dibujó del mar
sobre el agua conmovida,
las tierras del Nuevo Mundo
que el genovés presentía.
La fé iluminó á Cervantes
en su penosa vigilia,
cuando su chistosa historia
con llanto suyo escribía.
La fé dictó aquellas páginas
que hoy la humanidad admira,
donde halló el sábio enseñanza,
y halló el ignorante risa,
templo gigante las letras,
tumba, la caballería.

La fé, hirió con su mirada
á los mármoles de Fidias:
de Calderon y de Lope
inspiró las armonías:
dió á los lienzos de Velazquez
colorido, encanto y vida.
De Rafael en el alma

pintó una *perla* divina,
que Rafael desde el alma
trasladó al lienzo enseguida.
La fé inspiró á Miguel-Angel
esa eterna maravilla
que en el templo de San Pedro
á los siglos desafia.

La fé enseñó á Galileo
que la tierra se movía.
Por la fé cantaba errante
Homero, sus melodías.
Lleno de fé, triste y pobre
desde su cárcel sombría,
lleno de heridas el cuerpo
y el alma llena de heridas,
cantó Quevedo á sus solas
el dolor que en sí sentia,
solo que al brotar, sus lágrimas
se convirtieron en risas.

La fé brotó en el Calvario
en torno á la cruz bendita:
La fé ilumina la gloria
y tras ella al hombre envía.
La fé es luz en las tinieblas,
y en el dolor alegria:
la fé es en el duelo calma,
consegera en nuestras cuitas,
en la orfandad, esperanza,
en la pena, dulce amiga.
La fé es por doquiera el bálsamo
que á las almas fertiliza,
porque es la madre adorada
del hombre... ¡Dios la bendiga!

EN TODO NIEVE.

Espejo de nuestra alma
la cara es siempre,
por lo tanto, tu alma
será cual nieve:
y es cosa clara,
que, quien dice muy blanca
dice muy casta.

Pero algunos esclaman
cuando te miran:
—Aunque la nieve es blanca
tambien es fria;
y dicen otros:
—¿Imitará esta niña
la nieve en todo?

Más yó que te conozco
por mí desgracia,
no dudo ante la esencia
de tu alma blanca,
pues sé de cierto
que si es blanca, muy blanca,
tambien es hielo.

Á MI PÁTRIA.

Imposible, pátria mía,
tus desdichas no se acaban
porque son tus propios hijos
los que tus desdichas labran.
Tú, la señora del mundo
tú, la soberbia sultana
que un dia á dos emisférios
severas leyes dictabas,
hoy te miras abatida
sin amparo y olvidada,
que olvidado y abatido

gime el que está en la desgracia,
y tú en la desgracia gimes
desde hace tiempo sin causa.
Se destrozan insensatos
tus nobles hijos con rabia,
y en fratricidas contiendas
su ilustre sangre derraman.
Sí, los que juntos vencieron
allá en apartadas playas
y su preclaro pendon
con orgullo tremolaran,
cual odiosos enemigos
se destrozan en su pátria
echando sobre su gloria
del crimen, la fea mancha.
Sí, tus hijos los que un dia
al mundo entero asombraran
y con su valor y arrojo
tus limites ensanchaban
juzgando al mundo pequeño
pedestal de sus hazañas,
pues sus portentosos hechos
solo un Homero cantara;
hoy ilusos, en su mengua

sus pasadas glorias manchan,
pues les falta en su delirio
lo que antes tanto ostentaran.
Les falta, si han de ser grandes,
fé y entusiasmo en el alma,
para sentir un momento
las desdichas de su pátria.
Y como en vez de sentirlas
más y más las acibaran,
por eso juzgo sin término
pátria mia tus desgracias.,
porque son tus propios hijos
los que tus desdichas labran.

TRES CANTARES.

No temas nunca que el viento
ponga morena tu cara;
teme al aliento del crimen
porque ese enegrece el alma.

Cuando pasa por la calle
tan vanidosa es la niña,
que nunca mira por ver,
sino por ver si la miran.

Los muchos trages que vistes
dices que nada te cuestan;
más yo me temo que salen
muy caros á tu conciencia.

ÍNDICE.

	Páginas.
La vuelta del soldado.	3
Invocacion.	9
Tú y yo.	13
El dos de Mayo de 1808.	15
Un viagero delante de la catedral de Leon.	19
A su reja.	23
El horóscopo.	25
¡Ella!	29
Al mar.	31
Las madres.	35
Una ciega.	39
El nombre de María.	45
Cantares.	49

Páginas.

Melancolía. 51
En la muerte de mi querido amigo Miguel Heydek. 55
A Laura.. 59
En un album. 63
La tempestad. 67
La jura. 73
San Marcos de Leon. 81
En la muerte de mi querida sobrina. . . 87
Cantares. 91
¡El último adios! 93
La caridad. 99
El génio errante. 101
Rosas y claveles. 111
El trabajo. 113
En la muerte de mi querido amigo Eduardo de las Vallinas. 119
Ayer y hoy. 123
El trovador. 125
La libertad de cultos. 131
En la muerte del niño Manuel de Rozas y Janet. 137
¡Un crímen! 141
Cosas del mundo.. 145
Nobleza árabe.. 147
Al amanecer. 161
La esclavitud. 163
La felicidad y el alma. 169
Al eminente actor D. José Valero. . . . 173

Páginas.

Apólogo.. 177
La sombra maldita. 181
A Colon.. 187
Tus encantos. 191
El alba. 195
¡Imposible! 199
A las señoritas que tomaron parte en las representaciones de la Sociedad líri-co-dramática Leonesa. 201
La Fé. 205
En todo nieve.. 209
A mi pátria. 211
Tres cantares. 215

FÉ DE ERRATAS.

PÁGINA.	LÍNEA.	DICE.	DEBE DECIR.
9	7	fulgureas,	fulgureas
10	1	egregio,	egregio
27	18	ilustre	triste
49	7	sus	sin
50	3	aura esperanza	cura Esperanza
55	2	apreciable	querido
73	10	de hacer	de hacerse
107	4	que mas apetece el hombre	¿qué más apetece el hombre?
189	11	hicieron	vieron